

Las doce puertas parte IV

VICENTE RAGA

Lo que crees
es mentira

Dos historias narradas en paralelo. La primera transcurre en los principios del tribunal de la inquisición de Valencia, dónde es protagonista destacado el humanista Luis Vives y sus secretos. Todos los personajes existieron en su época y todos los hechos narrados se corresponden con la realidad histórica. La segunda historia es protagonizada por un grupo de amigos en actualidad, que descubren que el misterio que creían resuelto, en realidad no ha hecho más que comenzar.

El lector va cambiando de historia cada 4 o 5 páginas. Personajes diferentes y relatos diferentes separados por quinientos años. Parecen dos novelas en una. El lector se pregunta, ¿y esto a qué viene? ¿Por qué estoy leyendo dos narraciones sin aparente conexión?

La respuesta, amigo lector, la averiguará a medida que avance en su apasionante lectura. Quizá no sean dos historias inconexas, al fin y al cabo. Quizá tengan más que ver de lo que se imagina... Le esperan sorpresas.

Misterio, intriga, suspense e historia real, un cóctel que hace del universo de «Las doce puertas» una serie de novelas entretenidas y fáciles de leer que enganchan desde la primera página, pero al mismo tiempo basadas en hechos reales históricos.

*A mi familia, amigos y compañeros del colegio.
De forma consciente o inconsciente, todos habéis contribuido a crear el universo de Las doce puertas.*

Nota previa del autor

En la parte histórica de la presente novela, correspondiente al siglo XVI, todos los personajes que aparecen son reales y existieron en su exacto contexto histórico. No obstante, los hechos que se narran son ficticios y no tuvieron por qué ocurrir de la manera descrita. En la parte actual de la novela, todos los personajes y los hechos narrados son ficticios. Los acontecimientos históricos que se describen en ambas partes se corresponden con la realidad.

En toda la novela se utilizan las fechas de acuerdo con el calendario gregoriano. A efectos de claridad y homogeneidad no se usa el calendario hebreo.

0

**RESÚMEN DE LOS LIBROS ANTERIORES DE LA SERIE
«LAS DOCE PUERTAS»**

Los judíos de finales del siglo XIV en la península ibérica habían acumulado una ingente cantidad de conocimientos en multitud de materias, pero los tenían dispersos en diferentes lugares. Ante el cariz que estaba tomando su relación con los cristianos en aquella época, y ante el temor de perder ese gran tesoro, decidieron protegerlo, reuniéndolo y escondiéndolo en un único emplazamiento. Eligieron la judería de Valencia. No era tan importante como las de Sevilla, Córdoba o Toledo, por ejemplo, pero precisamente por ello la escogieron. Tenía un tamaño medio, no era demasiado conflictiva y estaba bien comunicada. En definitiva, era discreta en comparación con otras mayores. Crearon una especie de confraternidad, formada por diez personas, cuya misión era preservar ese tesoro a través de los siglos, y lo llamaron Gran Consejo. El tesoro era conocido entre ellos por el nombre de «el árbol».

Sin duda fue una idea muy oportuna, ya que poco más de un año después de completar la tarea, en 1391, se produjo el asalto y la destrucción de más de sesenta juderías por todos los territorios del reino de Castilla y de la corona de Aragón, que supusieron la muerte de decenas de miles de judíos. La mayoría de las aljamas no se recuperaron jamás y desaparecieron para siempre. Afortunadamente los miembros del Gran Consejo tenían un plan de escape preparado, que habían llamado *Las doce puertas*, que hacía referencia a las doce puertas que se abrían en la muralla medieval de Valencia a finales del siglo XIV. Su objeto era

ponerse a salvo y preservar su tesoro cultural. Una vez ejecutado dicho plan, pasaron a designarse a ellos mismos *puertas*.

Por si todas aquellas desgracias no hubieran sido suficientes, cien años después de aquel desastre, en concreto el 31 de marzo de 1492, Isabel I de Castilla y Fernando II de Aragón, conocidos posteriormente como los Reyes Católicos, ordenaron la expulsión de los judíos de todos los reinos que dominaban, deportación que se completó en el mes de agosto de aquel fatídico año.

El Gran Consejo que protegía el tesoro judío estaba compuesto por diez personas, pero en realidad había un undécimo miembro, que no participaba de las reuniones, cuya identidad permanecía secreta y que tan solo era conocida por el número uno. El Gran Consejo se organizaba a semejanza del árbol *sefirótico* de los cabalistas. Aunque aparentemente dicho árbol contenía diez esferas o *sefirot*, en realidad, existía una undécima *sefiráh*, que es el singular de la palabra *sefirot*. Esa undécima *sefiráh*, llamada *Daat*, permanecía invisible y representaba la conciencia. Era otra forma, en este caso no material y oculta, del *Keter*, de la raíz del Gran Consejo, de su número uno, que en estos momentos era Blanquina March. En consecuencia, tan solo Blanquina conocía la verdadera identidad de la undécima puerta. Su función era ser una especie de copia de seguridad. Entre el número uno y el número once tenían dividido un mensaje propio, que una vez unido, conducía a la localización del árbol. En caso de cualquier eventualidad, como la desaparición de un miembro o del Gran Consejo en su totalidad, tenían la responsabilidad de reconstruirlo, para la preservación de su gran tesoro durante los siglos venideros.

En marzo de 1500 se produjo un hecho de extraordinaria gravedad. El Santo Oficio de la Inquisición española descubrió una reunión del Gran Consejo e irrumpió en mitad de su celebración, provocando la desbandada de todos

sus miembros e incluso la captura del número cuatro, Miguel Vives, y su posterior relajación y muerte en la hoguera. Blanquina March, que era la puerta número uno, decidió, por seguridad, trasladar el árbol a otro emplazamiento diferente y encargó el trabajo a la undécima puerta, Johan Corbera, ya que no era ni conocido ni perseguido por la Inquisición. Tomó otra decisión de gran calado, disolver el Gran Consejo. No sabía qué conocimientos podrían tener la Inquisición y no se quiso arriesgar a poner en peligro la propia existencia del árbol, el gran tesoro judío.

Blanquina March falleció muy joven a consecuencia de la peste negra y heredó su puesto en el Gran Consejo, como nuevo número uno, su hijo Luis Vives, el gran humanista valenciano, español y europeo, que en aquel momento histórico tenía tan solo dieciséis años. Entre él y Johan Corbera escondieron ese tesoro cultural en una nueva ubicación. Poco después Luis Vives abandonaría España, debido a la presión de la Inquisición sobre su familia. Su padre quiso ponerlo a salvo de su saña, que ya había conducido hasta la hoguera a buena parte de sus primos y tíos.

Luis Vives se convirtió en una figura de fama mundial y sus amigos en España intentaban que retornara con seguridad, a salvo del Santo Oficio. A pesar de todos los esfuerzos, parecía que había una mano negra que le impedía la vuelta a su país, cosa que deseaba, ya que su padre estaba enfermo y preso por la Inquisición y sus hermanas necesitaban su ayuda. Todos los intentos fracasaron. Luis Vives, después de las maquinaciones del cardenal Thomas Wosley entre otros, acabó en Inglaterra, de catedrático en la Universidad de Oxford, y casado con Margarita Valldaura, hija de españoles y residente en Brujas. Para aquel entonces ya había abandonado de forma definitiva su idea de volver a España.

En Valencia, en el primer cuarto del siglo XVI, el hijo de Johan Corbera, llamado Batiste, hace amistad en la escuela con Amador, cuyo padre trabaja para el Tribunal de la In-

quisición y con Jerónimo, un extraño niño de siete años que no sabe ni siquiera quién es su padre, pero que vive en el Palacio Real de Valencia a todo lujo. Debe tratarse del hijo de alguien muy importante, pero nadie parece saber de quién, ni siquiera el propio Jerónimo. El palacio es la sede del Tribunal local de la Inquisición y los tres amigos aprovechan que su amigo reside allí para entretenerse espiando alguna de sus reuniones, hasta que Batiste, en la última de ellas, es sorprendido por alguien que jamás esperaba ver allí. Se quedó estupefacto.

Mientras tanto, ya en la época actual, en pleno siglo XXI, Rebeca Mercader es una joven de veintiún años, recién graduada en Historia y estudiante de un máster. Para sufragarse sus estudios trabaja a tiempo parcial en el periódico *La Crónica*, estando a cargo de la sección de relatos históricos. Para su absoluta sorpresa, ha sido nominada a un Premio Ondas al mejor *podcast* del año, por unas grabaciones que dejó cuando se fue de vacaciones, con el objeto de que fueran transcritas para su columna semanal en el periódico. Las escucharon sus compañeros de la emisora de radio y las difundieron, sin el conocimiento de Rebeca. Para sorpresa de todos, tuvieron muchísimo éxito.

Los padres de Rebeca fallecieron en un accidente de tráfico cuando apenas tenía ocho años de edad. En aquel momento se fue a vivir con su único familiar vivo, su tía Margarita Rivera, a quién todo el mundo conoce por el diminutivo de Tote. Es comisaria de policía y, hasta hace tres meses, su pareja sentimental era Joana Ramos, profesora de Rebeca en la Facultad de Geografía e Historia. Debido a todos los acontecimientos que ocurrieron durante el mes de mayo, se vio obligada a trasladarse a Estados Unidos. Las tres formaban una familia muy feliz que, ahora mismo, estaba rota. Ni Tote ni Rebeca se habían acostumbrado a su ausencia.

Rebeca estudió en el colegio Albert Tatay. Desde que el grupo de amigos terminaron sus estudios hacía cuatro

años, y antes de que cada uno de ellos partiera hacia una Facultad diferente para continuar su formación o al mercado laboral, Rebeca y sus compañeros se confabularon para no perder el contacto. Se habían criado unidos durante muchísimos años y no querían perder esa complicidad tan sana. Así, decidieron institucionalizar una reunión semanal, todos los martes, en un lugar fijo, en este caso en el *pub* irlandés Kilkenny's en la plaza de la Reina. Cada uno acudía cuando podía, pero con el paso del tiempo, incluso se habían ido incorporando al grupo personas ajenas al colegio. Fue el camarero inglés del *pub*, llamado Dan, el que les bautizó como el *Speaker's Club*, porque, según él, «mucho hablar y poco beber».

Charly, piloto de línea aérea, era el cachondo del grupo, junto a Fede, que acababa de terminar el doble grado de Derecho y Ciencias Políticas. Pertenecía a una familia muy rica y conocida. En ocasiones se les unía a los dos el antisistema de Xavier, que era comercial de una empresa. Los tres formaban el trío calavera. Tenían mucho peligro. Almu era la amiga del alma de Rebeca, llevaban estudiando juntas desde los seis años hasta la universidad. Bonet estudiaba robótica y todos pensaban que podría pasar por uno de ellos. Carlota era la más impredecible de todo el grupo, una mente privilegiada cuyas reacciones le daban miedo hasta la propia Rebeca, aunque eran grandes amigas y almas gemelas. Su madre había fallecido hacía unos días, después de una larga enfermedad. Se acababa de reincorporar, después de un año de ausencia por estudios en el extranjero, Carolina Antón, cuyo padre era un diplomático francés. Para completar el grupo, se habían unido, ajenos al colegio, Carmen, una mujer divorciada de cuarenta y seis años que trabajaba en el archivo del ayuntamiento de Valencia y su jefe Jaume, algo mayor que ella y con un parecido asombroso a Harry Potter, aunque con algunos años más, según Rebeca.

El día 1 de mayo se presentó en el periódico dónde trabaja Rebeca la condesa de Dalmau, dos veces grande de España y lectora habitual de la sección de Rebeca. Le hace entrega de dos extraños dibujos que ha encontrado en una caja fuerte oculta, que pertenecía a su difunto marido, el conde de Ruzafa. Le pide que resuelva su significado, ya que ella lo desconoce. Al día siguiente la condesa es encontrada muerta en su palacio.

Después de muchas vicisitudes y gracias a la ayuda del historiador Abraham Lunel, descubren que los dibujos son de procedencia judía y datan de 1391, año en que se produjo el asalto y la destrucción de la judería de Valencia. En realidad, los dibujos representaban un plan de escape del Gran Consejo denominado *Las doce puertas*, que hacía referencia a las doce puertas de la muralla medieval de Valencia, Lo que todos los miembros del Speaker's Club desconocen es que Rebeca es la actual undécima puerta. Hace todo lo posible para hacer creer a sus amigos que aquel árbol judío, oculto desde hace seis siglos, ya no existe en la actualidad. Quiere que se le deje de buscar y así se pueda preservar para los siglos venideros. Lo que Rebeca descubre al final del libro anterior es que puede existir otro Gran Consejo que ella desconoce, ya que hay demasiados flecos sueltos y acontecimientos extraños que no comprende. Está muy preocupada, porque pensaba que tenía la situación bajo control y parece que no es así. Por otra parte, en el plano personal, la madre de Carlota le revela, en su lecho de muerte, que es adoptada, que no es su verdadera madre biológica.

En resumen, en la actualidad no sabemos si, en realidad, existe o no el Gran Consejo, ni siquiera si el árbol judío del saber milenario se ha perdido para siempre o continúa oculto. Rebeca y sus amigos se disponen a averiguarlo. Desde luego están ocurriendo cosas muy extrañas e incomprensibles a su alrededor.

1

29 DE MAYO DE 1524

—Te veo buena cara —dijo Johan—. Te ha sentado bien el matrimonio con Margarita Valldaura.

Había pasado tres días desde el enlace del año en Brujas. Luis Vives y Johan Corbera estaban sentados en uno de los salones de la residencia Valldaura. Se acercaba el momento de la despedida. Luis aún se quedaría hasta septiembre en Flandes, antes de retornar a Inglaterra, pero Johan debía volver a España. Ya hacía mes y medio que había partido de Valencia para asistir a la boda de su amigo. Tenía obligaciones en España y debía regresar cuanto antes. No lo podía demorar más.

—La familia Valldaura me trata de maravilla, no como tú, que no dejas de traerme malas noticias —contestó Luis.

—No sé quién ha contado peores noticias a quién en estos últimos días —le rebatió Johan.

Luis Vives le había relatado a su amigo Johan que el Gran Consejo no existía porque su madre, Blanquina March, lo había disuelto en el año 1500, tras la irrupción por sorpresa de la Inquisición en una reunión. En consecuencia, cuando ambos ocultaron el árbol judío del saber milenario ocho años después, en 1508, Luis no pudo repartir entre los miembros del Gran Consejo una décima parte del mensaje que, una vez unido, llevaría a la localización del árbol, el gran tesoro judío. Así, en este momento, los únicos que conocían su emplazamiento eran Luis Vives y Johan Corbera. Teniendo en cuenta que Luis residía en Inglaterra, el único guardián efectivo del árbol era Johan, y era una responsabilidad que no le correspondía como undécima puerta.

Precisamente para eso se había creado el Gran Consejo, pero claro, en la actualidad no existía.

Una vez que Luis Vives decidió no regresar a España, consideró que debía ceder su posición en el Gran Consejo. Era el número uno, el que convocaba las reuniones y desde Flandes no podía hacerlo. No tenía descendencia, así que le comunicó a Johan el mismo día de su boda, hacía apenas tres días, a quién había designado, hacía ya más de un año, como nuevo número uno, el Keter, la raíz del Gran Consejo. Ambos estaban extrañados porque el nuevo número uno no se hubiera puesto en contacto con nadie desde que fue nombrado. En cuanto Luis le dijo a Johan el nombre del elegido, de inmediato comprendió el motivo de esta falta de comunicación. Johan estaba espantado y muy preocupado por el futuro del Gran Consejo.

Tal y como estaba previsto desde el siglo XIV, eran el número uno y el número once los que debían de reconstruir el Gran Consejo, en caso de producirse cualquier eventualidad como la actual. El problema era que el elegido como nuevo número uno, el noble don Bertrán, llevaba muerto más de un año, por eso era imposible que se comunicara con nadie. Johan le había pedido que designara a otro sucesor, pero Luis le había dicho que no podía. En consecuencia, el Gran Consejo, además de no existir como tal, estaba descabezado por primera vez en su historia y sin posibilidad de reconstrucción.

—¿No reconsideras tu decisión de nombrar a un nuevo número uno? Los fundadores originales del Gran Consejo en el siglo XIV, con todas las medidas de seguridad que adoptaron, no previeron esta situación. Estamos ante un caso extraordinario, que quizá requiera de soluciones extraordinarias. Yo solo no puedo reconstruirlo.

Luis lo miraba con cara complaciente.

—Deja que los acontecimientos fluyan —contestó enigmático.

Sin embargo, Johan miraba a su amigo con gesto de incompreensión.

—¿Has bebido vino de buena mañana? —le preguntó, extrañado por la aparente calma de su amigo—. ¿Qué es lo que tiene que fluir?

—Johan, tú eres la undécima puerta, no conoces ciertas cuestiones relativas al Gran Consejo porque no perteneces a él. No te preocupes tanto. La situación no es tan terrible.

—¿Qué no me preocupe? ¿Qué no es tan terrible? —pregunto espantado Johan—. ¡Pero si no existe! Resulta que mi principal misión consiste en reconstruirlo junto con el número uno, que está muerto. Por mucho que fluyan los acontecimientos, no veo cómo se van a solucionar los problemas por sí mismos. Los muertos no resucitan, ¿o quizá tú creas que sí?

—Das por supuesto cosas que no conoces con seguridad —insistió Luis, con ese tono pausado que tanto estaba irritando a Johan.

—¿Qué es lo que doy por supuesto? El noble don Bertrán murió en una emboscada del ejército francés, incluso en la corte real española se organizó un funeral en su honor hace más de un año. Su cabeza fue exhibida públicamente en una plaza de Nantes, después de que su cadáver fuera quemado ante cientos de personas —dijo indignado Johan—. ¿Qué es lo que te parece una suposición en todo este asunto?

Luis seguía sin compartir el nerviosismo de Johan, de hecho, parecía completamente relajado. Hasta Johan diría que parecía feliz.

—Entre otras cosas, ¿sabemos si designó sucesor antes de su muerte, por ejemplo? —preguntó Luis, con una sonrisa enigmática—. A diferencia de mí, don Bertrán sí que tenía descendencia.

Johan se quedó en completo silencio por un momento. Ahora que lo pensaba bien, no se le había ocurrido esa posibilidad. Se la quitó de la cabeza de inmediato.

—Es muy poco probable, ya que fue emboscado por las huestes francesas tan solo unas semanas después de que tú le nombraras —contestó Johan, tras reflexionar—. Fue un ataque sorpresa, no debió tener tiempo de ello.

—Poco probable no significa imposible.

—No, supongo que no —reconoció Johan.

—Entonces, relájate.

—No significará imposible, pero sigue significando improbable —insistió Johan.

—Johan, deja que fluyan los acontecimientos.

Johan estaba visiblemente irritado por la calma de Luis y por esa frase tan molesta para sus oídos. Tan solo le encontraba una posible explicación.

—Vamos a ver Luis, tú sabes algo que no me estás diciendo, ¿verdad? De lo contrario no me explico tu actitud.

Luis sonrió.

—Por supuesto.

—¿Y a qué esperas para contármelo?

—No me corresponde a mí esa función. Recuerda que ya no soy el número uno.

—Ni yo el número once. Te recuerdo que mi hijo Batiste ya habrá leído la carta que le deje antes de emprender este viaje a Brujas para asistir a tu boda, por lo que sabrá cuál es su responsabilidad como nueva undécima puerta, pero no por ello me dejo de preocupar por la existencia del Gran Consejo, aunque nunca haya pertenecido a él.

Luis miraba con cara divertida a su amigo Johan, que seguía azorado por la aparente grave situación.

—¿Te había comentado que dejaras que fluyeran los acontecimientos?

Johan cogió el pequeño almohadón de la silla y se lo tiró a la cabeza de su amigo, que no lo pudo esquivar. Por un momento, ambos se rieron y se olvidaron de todos los problemas.

Fue algo fugaz y breve.

2

EN LA ACTUALIDAD, DOMINGO 16 DE SEPTIEMBRE

—Aquí ha entrado alguien —dijo sorprendido Álvaro Enguix, en la misma puerta del obrador de joyería que había pertenecido a su padre, en una travesía de la avenida Burjassot.

El detective Richie Puig, contratado por la tía de Rebeca, la comisaria Margarita «Tote» Ramos, les había informado que, en el mes de mayo, se había reunido en este mismo lugar con el padre de Álvaro, Sergio Enguix, el fundador del negocio.

El joyero le había informado de la existencia de una gargantilla muy valiosa, con un diamante rojo, perteneciente a la familia del conde de Ruzafa. La había reparado y limpiado en dos ocasiones en los últimos años por instrucciones del propio conde, incluso le sacó una fotografía que le entregó al detective.

En dicha foto se podía leer una pequeña inscripción, en un lateral de la joya, que rezaba «bajo la estrella».

Dado que el conde había sido el número uno del Gran Consejo, todos supusieron que se trataba de la mitad del mensaje secreto que custodiaba. Esa mitad, unida a la otra mitad que debía guardar la undécima puerta, formarían el gran mensaje que, una vez descifrado, debía conducir al emplazamiento del tesoro cultural judío, ocultado hacía muchos siglos y en paradero desconocido.

Pero existía un grandísimo problema en todo este relato. Ayer sábado, Álvaro Enguix visitó a Carlota para darle el